

mos escritos de Huxley y Hæckel para convencerse con qué desdén y altivez tratan á los enemigos del transformismo ¹.

Pero concedamos á los heterogenistas que el *batibio* y la *mónera* sean organismos y las matrices y primicias del reino animal; ¿quién les infundió la vida? ¿de dónde la tienen? Callan y no dan respuesta: conténtase Hæckel con proferir estas terminantes palabras: «Solas las móneras pueden resolver el gran problema del origen de la vida. Porque no pudieron nacer en las épocas primitivas por otras vías que por generación espontánea de materia inorgánica.» En cuya aseveración se encierran tres díslates á cual más asombroso: primero, que la vida se asentó en una masa puramente mineral; segundo, que las móneras nacieron por generación espontánea; tercero, que no ha sido posible otra suerte de nacimiento. Verdaderamente la imaginación de los monistas ha lozaneado y salido de quicio tratándose de la generación espontánea: llamáronla *postulada indispensable*. ¿Por qué? Porque sin ella sería fuerza confesar la existencia del milagro. ¿Qué milagro? La creación. «No hay alternativa, dice Soury, para explicar el origen de la vida. Quien no crea en la generación espontánea debe acogerse al asilo del milagro ².» «Como no queremos recurrir á milagros, repite Burmeister, ni á misterios, nos vemos precisados, para dar causa de las primeras criaturas organizadas, á volver los ojos á la virtud generatriz de la materia ³.» Á los milagros y á los misterios del Génesis, que con sólo suponer en Dios poder se explican cumplidamente, reemplazan

¹ *Revue des quest. scientif.*, 1878, p. 73.

² *Préface des Preuves du Transformisme* de Hæckel.

³ *Hist. de la Création*.

los positivistas milagros imposibles y falsísimos misterios; conviene á saber, la vida saliendo naturalmente del regazo de la muerte, el movimiento brotando de la inercia, la sensibilidad rayando de lo insensible y toscó. ¿Se quiere mayor milagro? Pero florecer la vida debajo del poder de Dios, ¿qué linaje de milagro es, como en la *Introducción* demostramos? En *La Psicología celular* ¹ del alegado D. Antonio Hernández y Fajarnés, catedrático de Metafísica en Zaragoza, y en *La ciencia y la divina revelación* de D. J. M. Orti y Lara, catedrático de la Central ², hallará el juicioso lector sólida y cumplida refutación de los argumentos de los monistas.

En resolución: tras de tantos experimentos como se han hecho, ningún organismo puede provenir, ni en la naturaleza proviene, sino de otros organismos de igual especie. El pleito entablado por Joubert con el laborioso Pasteur le absolvió la Academia de París, declarando que «los hechos observados por éste, y puestos en tela de juicio por MM. Pouchet, Joly y Musset, son de cabalísima exactitud». Y R. Leuckart, hablando de los entozoos en su obra *Los parásitos humanos*, dice: «La espontánea generación, que todavía Rodolphi y Bremsler propugnan, es error manifiesto; porque los entozoos nacen siempre á consecuencia de una propagación enteramente conforme con la de los demás animales.» Ímprobo trabajo sería allegar más autoridades de varones ocupados en esta contienda. Luego la generación espontánea carece de base en que estribar; ni la audacia de los materialistas es bastante para redimirla de la ignominia en que yace derrocada.

¹ Cap. iv.

² P. III, § III.



CAPÍTULO XXXVI.

LAS ESPECIES ANIMALES.

«In species suas... et secundum genus suum... et fecit Deus... juxta species suas etc... in genere suo.»
(V. 21, 25.)

ARTÍCULO I.

Los transformistas.—Causas que los han inducido á discurrir su hipótesis.—Suma de los argumentos que esfuerzan.—Razones que los deshacen: la falta de formas intermedias.—Estado y perfección de los organismos históricos y prehistóricos.

EL común sentir de los naturalistas en toda la antigüedad abrazó la fijeza de las especies animales. Si Anaximandro creyó peces en su origen todos los brutos, si Lucrecio puso su nacimiento en una casual concurrencia de miembros, eran opiniones singulares que poca ó ninguna resonancia tuvieron en el transcurso de los siglos. Al nuestro tocábale presenciar la invención de tantos sistemas sobre el origen de las especies, cual en ningún otro se habían propalado. Linneo propuso en traje de hipótesis la descendencia de todas las especies que á un género pertenecen, del tronco de la especie primitiva; Robinet ¹, Maillet ², Kant ³, por hacer lisonja á la humanidad, miraron la producción de los animales como ensayos enderezados á dar á luz, uno tras otro, al rey de la creación. Pero quien de todos los precedentes, como arriba

apuntamos ¹, introdujo con más osadía, por doctrina averiguada, el parentesco de todos los vivientes y la unidad de la familia orgánica, fué el médico Lamarck, cuyas pisadas siguieron en breve alemanes, ingleses, franceses, ayudando todos á erigir un edificio vastísimo, que ya con tantas reparaciones y remiendos ha perdido el semblante que de sus fundadores recibió.

Lamarck, para explicar las transformaciones sucesivas de las especies, se apoya en tres puntos principales, que son, la influencia de las circunstancias exteriores, la transmisión hereditaria, el tiempo ilimitado; Spenser estriba en la sobrevivencia de los más capaces; Powell, en las leyes de la evolución; Saint-Hilaire, en la acción del clima; Darwin, en la selección natural, en la lucha por la vida, herencia, clima y tiempo: y siendo imposible enumerar las infinitas reformas, baste decir que Vogt, Büchner, Moleschott, Scheiden, Cotta, Hæckel, Wagner, Wundt, Strauss, Claus en Alemania; en Inglaterra Owen, Hooker, Lubbock, Tyndall, Bates, Lewis, Lancaster; en Francia Naudin, Dupont, Quinet, Martins, Claracépède; en

¹ *Considerations philosophiques*, 1761.

² *Entretiens d'un philos.*, 1748.

³ *Anthropol.*, 1798.

¹ Cap. xxxv.

Italia Quadri, Omboni, Montegazza; en América Fiske, y otros sin número, enaltecieron, y con increíbles esfuerzos pregonaron por el orbe la descendencia de todas las especies debajo de un plan único, vendiendo el transformismo por doctrina corriente, indubitable, certísima. Contra esta caterva de empíricos alzaron la voz insignes campeones: los alemanes Pfaff, Hartmann, Kœlliker, Baer, Burmeister, Virchow, Günther, Wigand, Reusch, Pesch; los ingleses Mivart, Dawson, Wallace; los franceses Flourens, Quatrefages, Barrande, Godron, D'Archiac, Chevreuil, Blanchard, Brogniart, Sanson, Valroger, Hamard, Haté, Milne-Edwards, Arduin, Candolle, Beaumont; los belgas Van Beneden, D'Alloy, Lecomte, Bellyneck; los italianos Todaro, Chiringhello, Bianconi, *La Civiltà Cattolica*; los americanos Agassiz, Dana, Paine, Gray; los españoles Vilanova, Pérez-Arcas, Ribera, Letamendi, Mendive, Orti y Lara, Polo y Peyrolón, Miguel Mir, Fajarnés, Thos y Codina, y otros eminentes escritores de todas las naciones ilustradas, de ciencia y experiencia llenos, combatiendo valerosos por la estabilidad de la especie con tan feliz suceso, que «se nota, dice Arduin, en el día de hoy una extrema reserva de parte de los que antes se ufanaban de darwinistas, pues sólo se cuentan ya entre los defensores del darwinismo las cabezas del materialismo ateo y los semisabios gaceteros vulgares, gente desnuda de autoridad científica».

Á la verdad, mientras que los representantes de la ciencia clásica desechan el transformismo crudo y radical, la mayor parte de los adocenados eruditos están por él y le dan soga. Éstos son los morfólogos extremados,

que se han propuesto echar al eterno Criador del teatro de las criaturas, y por eso llaman á Darwin «el Mesías de las ciencias naturales», y al darwinismo «el Evangelio de los tiempos modernos, la grande explicación del mundo y de la verdadera filosofía».

Dos han sido las causas que han levantado y hecho volar por las nubes el darwinismo: en unos la fantasía, en otros la impiedad. Á los ojos de Strauss, es Darwin un preclaro bienhechor de la humanidad, porque con su teoría cerró la puerta al milagro¹. La desdichada Clemencia Royer, en el prefacio al libro de Darwin², escribe irreverente: «La doctrina de Darwin es la revelación racional del progreso, contraria á la revelación irracional de la caída.» Sarcey, llevando la voz de la prensa materialista, prorrumpía en estos hiperbólicos loores: «El libro sobre el *Origen de las especies* es una obra maestra; su autor ha dado cima á una revolución en las ciencias tan asombrosa, cual no la vieron los pasados siglos: Darwin, no es solamente un atento observador, es también un hombre de intuición, que va con su ingenio más adelante que los mismos hechos, y abre á cada paso horizontes luminosos en las oscuras sendas de lo desconocido»³. Así, en un cartel de impiedades, que de intento omitimos, anunciaba Sarcey la traducción del *Origen de las especies*, en 1876. Á su vez Broca añadía: «Mostrar que la evolución de las formas orgánicas y la aparición de las especies, su extensión y distinción, son fenómenos ordinarios, es decir, necesarios y gobernados por leyes que no dan lugar á un poder superior, tal es el blanco y la consecuencia de esta

¹ C. MARTIN.

² RENAN.

³ VIGOUROUX: *Les livres saints*, 1886, t. II, p. 360.

⁴ De l'*Origine des espèces*, 1870.

⁵ CONSTANTIN JAMES: *L'homme singe*, p. 115.

hipótesis¹.» Dejemos en silencio los despropósitos y sarcasmos de Ferrière, Haëckel, Duval²; y no nos cause extrañeza que la guerra al orden sobrenatural y á la sana filosofía haya hecho crecer como espuma el darwinismo, hasta el punto que el propio Darwin, que en un principio estableció su sistema sin prevención religiosa, acabó por negar la revelación y por ladearse á los materialistas, si bien no llegó á ser ateo formal. Los transformistas, que se han abroquelado con esta hipótesis para hacer riza de la humanidad, porque con su teoría cerró la puerta al milagro³. La desdichada Clemencia Royer, en el prefacio al libro de Darwin⁴, escribe irreverente: «La doctrina de Darwin es la revelación racional del progreso, contraria á la revelación irracional de la caída.» Sarcey, llevando la voz de la prensa materialista, prorrumpía en estos hiperbólicos loores: «El libro sobre el *Origen de las especies* es una obra maestra; su autor ha dado cima á una revolución en las ciencias tan asombrosa, cual no la vieron los pasados siglos: Darwin, no es solamente un atento observador, es también un hombre de intuición, que va con su ingenio más adelante que los mismos hechos, y abre á cada paso horizontes luminosos en las oscuras sendas de lo desconocido»⁵. Así, en un cartel de impiedades, que de intento omitimos, anunciaba Sarcey la traducción del *Origen de las especies*, en 1876. Á su vez Broca añadía: «Mostrar que la evolución de las formas orgánicas y la aparición de las especies, su extensión y distinción, son fenómenos ordinarios, es decir, necesarios y gobernados por leyes que no dan lugar á un poder superior, tal es el blanco y la consecuencia de esta

hipótesis¹.» Dejemos en silencio los despropósitos y sarcasmos de Ferrière, Haëckel, Duval²; y no nos cause extrañeza que la guerra al orden sobrenatural y á la sana filosofía haya hecho crecer como espuma el darwinismo, hasta el punto que el propio Darwin, que en un principio estableció su sistema sin prevención religiosa, acabó por negar la revelación y por ladearse á los materialistas, si bien no llegó á ser ateo formal. Los transformistas, que se han abroquelado con esta hipótesis para hacer riza de la humanidad, porque con su teoría cerró la puerta al milagro³. La desdichada Clemencia Royer, en el prefacio al libro de Darwin⁴, escribe irreverente: «La doctrina de Darwin es la revelación racional del progreso, contraria á la revelación irracional de la caída.» Sarcey, llevando la voz de la prensa materialista, prorrumpía en estos hiperbólicos loores: «El libro sobre el *Origen de las especies* es una obra maestra; su autor ha dado cima á una revolución en las ciencias tan asombrosa, cual no la vieron los pasados siglos: Darwin, no es solamente un atento observador, es también un hombre de intuición, que va con su ingenio más adelante que los mismos hechos, y abre á cada paso horizontes luminosos en las oscuras sendas de lo desconocido»⁵. Así, en un cartel de impiedades, que de intento omitimos, anunciaba Sarcey la traducción del *Origen de las especies*, en 1876. Á su vez Broca añadía: «Mostrar que la evolución de las formas orgánicas y la aparición de las especies, su extensión y distinción, son fenómenos ordinarios, es decir, necesarios y gobernados por leyes que no dan lugar á un poder superior, tal es el blanco y la consecuencia de esta

fico una aseveración no comprobada de todo en todo.
Al son de la fama, que todo cuanto toca acrecienta y sube de punto, la evolución vino á ser una suerte de revolución universal que todo lo trastornó. Los astrónomos enseñaron la evolución de los astros¹, los químicos aclamaron la evolución elemental², la historia apeteció también su evolución, la moral se apellidó evolucionista³, la lingüística echó mano de la evolución de los idiomas, aun el matrimonio y la familia anduvieron á vueltas de evoluciones⁴: todos los ánimos hostiles por lo común á la tradición y á la religión han buscado en el evolucionismo la piedra filosofal con que dar solución á todas las dudas.

El darwinismo echó raíces un tiempo en su fortuna. Mas, aunque en abstracto considerado, según diremos después, no vaya tan fuera de camino, y aun sería aceptable si prescindiésemos de la actual providencia de cosas, y aunque les parezca á muchos que da sublimísima idea del poder, sabiduría y providencia del Sumo Hacedor, ni puede haber censor tan rígido que le ate á Dios las manos y le niegue la facultad de producir de poquísimos organismos el concierto universal de todas las especies; todavía, no lo sublime y maravilloso, ni lo posible y lindo, sino lo conforme á razón y á la naturaleza de las cosas, ha de buscar el sabio en todo; ni le es lícito forjarse un Dios que se rinda á sus antojos, antes bien le cumple lo que su Majestad ha hecho de tal manera exponerlo y acomodarlo al marco de su teoría, que consiente perfectamente la realidad de los hechos con la inven-

¹ *Notices de l'Annuaire pour 1888.*

² WILLIAM CROOKES: *Éléments et méta-éléments*, 1888.

³ SPENCER: *Les bases de la morale évolutioniste.*

⁴ CH. LETOURNEAU: *Évolution des mariages et de la famille.*

¹ *Mémoires d'anthropologie*, t. III, p. 147.

² *Le Darwinisme*, p. 129.—*Leçons professées à l'école d'anthropologie*, 1886.

¹ *La relig. en face de la science; Géol. et Géog.*, t. II, leçon XVI, 1883, p. 357.

ción de los designios. En todo cuanto Dios hace, lleva su altísimo fin escondido á nuestros ojos, si ya no se digna revelárnosle: el transformismo pretende adivinar el fin de Dios; su presunción ha merecido el condigno castigo. Vemos organismos levantando y cayendo en el discurso de las edades; no ha llegado el día de conocer el por qué de tan extraña sucesión de cosas. Cierto, que tuvo Dios su por qué: cuando amanezca el día, veremos cuán fútilmente pasamos el tiempo en su averiguación. Mas porque hechos positivos son los que autorizan una teoría, demostremos cómo la de los transformistas carece de pruebas que merezcan asenso prudente y seguro.

Mas antes de bajar á la arena, indiquemos sucintamente los argumentos que los transformistas invocan en su favor. La geología presenta continuidad entre los organismos que atañen á diferentes períodos geológicos; ya que no alegue todos los grados de transición, á causa de la escasez de excavaciones, puédesse bien presumir que la evolución transformativa tuvo lugar. La paleontología testifica que la cantidad de especies observadas responde á pelo á la ley de la selección, que requiere la excelencia gradual de las especies. La geografía, con la distribución de animales y vegetales, comprueba íntima relación entre los fósiles y los actuales de un mismo lugar. La fisiología, examinada la conformidad de estructura, la semejanza de caracteres y la analogía de tan diferentes organismos, nos aconseja que todos derivan de un tipo común, y que por un padrón se formaron. La morfología nos persuade que los rudimentos de algunos órganos proceden de abolengo, y que el atrofiarse otros les viene de selección natural. La embriología, observando las mudanzas y estados de un embrión perfecto, nos enseña qué transforma-

ciones hicieran todos los seres imperfectos, y nos induce á creer que las metamorfosis de los individuos pueden bien extenderse á las especies. La filosofía nos demuestra que las creaciones sucesivas no son suficientes para satisfacer á las averiguaciones de la paleontología, ni consenten la muerte súbita de tantas especies intermedias y el apareamiento de tantas otras. En fin, todas las ciencias parece que juntan sus voces para hacer salva al transformismo, y presentarle á todas vistas muy llano y recomendable.

Tratemos de insinuar algunas razones que hagan ver la flaqueza de estos argumentos, y tapen la boca á la osadía sus defensores. Sea la primera la falta de especies intermedias. Á ser razonable la hipótesis transformista, á los ojos debieran venirse las especies imperfectas que entre las descubiertas mediaran; y nadie hasta ahora dió con ellas, ni halló un solo organismo imperfecto en su género en vía de perfección. Porque si bien son reducidas las colecciones hechas hasta el presente, poseemos noticias en todo el universo, y en todas partes se echa de ver la misma repentina aparición de especies nuevas, la misma falta de especies medianeras. Fuera de que las medianeras y desaprovechadas debían ser infinitas en el caso de los transformistas; y de las sin cuento del reino animal ni una tan siquiera hay que no sea perfecta en su línea y bien caracterizada. Por el contrario, el número de especies, que debiera haber crecido en el transcurso del tiempo, ha venido á menos, de forma que de 100 especies de rumiantes fósiles, tres solas subsisten hoy; de 25,000 especies de peces, solas 5,000 ó 6,000; de 40 especies de paquidermos, apenas queda uno solo. Es sin disputa grande la autoridad del paleontólogo Joaquín Barrande, que consagró treinta años sin descanso al estudio de las capas fósilíferas de Bohemia. He aquí

las conclusiones que de sus diligencias resultan: «1.º Los trilobites bohémicos que en sus formas ofrecen señales de mutabilidad son diez; conocemos en el día de hoy 350 especies de esta tribu en nuestro territorio; quedan, pues, aún 340 especies que conservaron su forma fija é inalterable en el decurso de su larga existencia. 2.º Las variaciones notables de las especies que más vivieron sólo versan sobre la corpulencia, grandeza de los ojos, número de lentes, articulaciones visibles del pigidium y puntas de adorno. 3.º Estas diferencias no son permanentes, sino movedizas; y muchos casos hemos descubierto en que las postreras resurten y tornan á la forma primitiva; y así son vaivenes pasajeros. 4.º De las 350 especies de Bohemia, ninguna hay que pueda con verdad decirse haber constituido una forma nueva, distinta y permanente. Así que las huellas de transformación por vía de parentesco son del todo imperceptibles en los trilobites bohémicos.» Y lo que Barrande testifica de los trilobites y también de los cefalópodos, lo declaran Davidson, Pfaff, Gosselet, Caruthers, Grand Eury de los acéfalos y braquiópodos. ¿Qué dice, pues, la falta de formas transitorias, sino que sólo reinan en la fantasía de sus inventores?

Sientela fuerza de esta razón el transformista Claus, y viéndose sin valor para deshacerla, como dándose por vencido, dice: «Á lo menos, debiéramos hallar en las capas terrestres restos de formas intermedias más ó menos lejanas; y esas las encontramos en serie bastante completa. Los inmensos vacíos zoológicos dicen claro que no nos es dado ordenar en vasta escala series de variaciones que sin interrupción unas á otras se sucedan.»

Esto no es sino confesar la insuficiencia de la teoría y acusar de gratuita la suposición en que se funda. Especialmente que otros son más francos, y niegan sin miedo lo que no pueden probar. «Es cosa bien extraña, dice Thomson, que en todas las estratificaciones geológicas, donde perecieron tantas especies nuevas y tuvo lugar tanta revuelta de flora y fauna, nunca jamás fué cogido un solo vegetal ó animal in fragmento en el acto de pasar de una especie en otra por modificaciones insensibles.» La misma falta deplora el Dr. Thomas Wright. «Á pesar, dice, del número sin número de años transcurridos desde que viven y campan los moradores de las riberas silúricas, las leyes que antes los rigieron los rigen hoy, sin que haya memoria de especie que sirva de consuelo al sistema evolucionista. ¿Qué más? Huxley, hombre independiente en sus juicios, no repara en declarar que en todo el período de la historia terrestre estudiada por los geólogos, no asoma un mínimo ejemplar de transición entre dos grupos cualesquiera: «todos son individuos de especies pleniamente constituidas.»

En segundo lugar, no es verdad que la paleontología testifique el desenvolvimiento gradual de las especies. Los organismos que en el día de hoy labra la naturaleza, dirigida por su soberano Autor, lejos de estar en vías de trasmudarse, han llegado al colmo de su perfección; porque si muchas especies llámanse imperfectas por no estar adornadas de las prerrogativas de otras más gallardas, en hecho de verdad han granjeado dentro de su esfera todos los aumentos que su condición consiente. Con justa razón dice el sabio Snell: «¿Quién pensará que los vivientes actuales han de dar aún otras vueltas y parar en otros seres, y que

¹ *Defense des colonies*, 1870, p. 155.

² *Revue scientifique*, Avril, 1879.

³ *Zoolog.*, cap. v, § v.

⁴ *Nature*, Nov., 1871.

⁵ *Stud. of Geol.*

en otro tiempo se mudaron y salieron de su camino en parecidas coyunturas? ¿Acaso la mudanza de un ser en otro no depende de causas internas que sobrepujan la eficiencia de las condiciones externas? Los vivientes que hoy poseemos son últimos términos de la naturaleza organizadora, inalterables y diferentes en lo esencial, nacidos de otros seres cuya índole no dependía del mundo exterior que los rodeaba.¹

Si de los organismos presentes subimos á los de fecha inmemorial, de que da noticia la arqueología histórica, ningún rastro de metamorfosis podremos en ellos notar. En los animales hallados en los monumentos egipcios, que cuentan al pie de cinco mil años, es de ver la misma estructura que en los nuestros, como ya Cuvier demostró; ni en los despojos de la fauna de las edades llamadas prehistóricas y del período glacial se deja reparar el menor rasguño que indique conato de transformación. Esta conformidad en tantos siglos, pregona que las especies tomaron al principio su manera de ser, sin andarse con aquellas veces que los transformistas quisieran. Y si los actuales organismos, y los históricos y prehistóricos, han permanecido en la condición con que nacieron, ¿no diremos otro tanto de los geológicos y fósiles? Si lo que ahora vemos y no podemos negar lo vieron igualmente los antiguos, ni tenemos noticia de especies vicilantes y vagabundas, cuales los adversarios las pintan, ¿cómo no será verdad que el mismo tenor se guardó que en los nuestros en los tiempos pasados?

La única respuesta que pueden dar aquí es haberse agotado antes de la era cuaternaria aquella oculta virtud que adelantaba los organismos y los subía á más alto grado de perfección;

respuesta, que viene á resumir la opinión de aquellos que juzgan haber reinado la evolución durante los tiempos prehistóricos tan solamente, y que luego de venido al mundo el hombre se acabó del todo, gastada su eficacia. En este supuesto, el Autor de la naturaleza habría usado de la evolución como de temperamento para lograr la turba de especies fenecidas, las cuales logradas, porque no era de utilidad la virtud evolutiva, dejó de hacer mella en las especies cuaternarias. Los que eso responden no sueltan, sino que parten el nudo, metiendo á Dios de por medio; pero carecen de razones en que fundar su respuesta. Porque en el territorio de la observación, antes mudará de ser ó le perderá del todo un orden de vivientes, que padezcan menoscabo el instinto y las propiedades de una especie, y en esto es digno de advertir cómo la selección artificial, que suele ser el aquiles de los darwinistas, ningún tipo ha sabido modificar de raíz; solamente ha conseguido variedades limitadas, que tanto duraron cuanto duró la diligencia del diestro especulador.²

ARTÍCULO II.

Prosigan las razones contra el transformismo: ningún parentesco existe entre los organismos fósiles y los actuales. — La embriología no favorece á los transformistas. — Diferencia entre ellos y los Escolásticos en esta parte. — Respóndese á dificultad de los órganos rudimentarios. — Ocurrirse á otra dificultad. — Los transformistas carecen de razones sólidas.

PASEMOS á la geografía, y veamos cómo ningún parentesco hay entre los organismos fósiles y los actuales del mismo lugar. Porque unos perecieron, otros permane-

¹ *Revue des questions scient.*, 1889, p. 418.— P. REIGNON: *Métaphys. des causes*, livre viii, chap. v.
² HOFFMANN: *Invest. para determinar las especies y variedades*, 1869, p. 1, 7.—PRAFF: *Hist. de la creación*, p. 680.

¹ *Creacion del hombre*, p. 46.

cieron hasta ahora sin linaje de mudanza. «En las capas subsilúricas, dice Pfaff, vemos los prototipos de los moluscos y articulados, y en la silúrica superior aparecen ya los peces, de modo que sólo faltan las tres clases más elevadas.» No repliquen los transformistas que no son éstos los más antiguos, que los más antiguos la muerte los arrebató; porque los trilobites del silúrico se dejan ver de súbito sin ejemplar precedente, y lo mismo los cefalópodos al principio de la fauna segunda, y los peces en la tercera. «Todas estas manifestaciones, concluye Barrande, repentinamente se ostentan por doquier dotadas de la plenitud de sus caracteres, están en total enemiga y disonancia con la hipótesis de una perfección granjeada por alteraciones imperceptibles.»

De donde viene á ser que las fenecidas especies nada tengan de común con las actuales, ni relación, ni analogía natural. Otras hay que todavía subsisten; mas ¿cómo? Los pólipos, los acéfalos, los equinodermos en todas las formaciones antiguas y modernas se logran en abundancia; las conchas bivalvas y univalvas son vivientes de larga fecha; los crustáceos y gusanos no nacieron tampoco ayer; los insectos datan del carbonífero; los reptiles y peces, ¿cuán antiguos no son? Todas estas clases produjeron especies que han durado en la firmeza de su ser sin sentir las vueltas é injurias de los tiempos, con su tosca condición, no empeoradas ni mejoradas, tan unas como antes. No negaremos que muchas formas han ido dando lugar á otras de más noble categoría; mas muchísimas se han quedado en la baja de su rusticidad sin sentir qué cosa sea mudanza. Pues ahora, ¿con qué sombra de justicia se quiere que unos seres ha-

yan variado y tenido tan poco asiento, y que otros se hayan estado tan quedos en igualdad de circunstancias? Esa perpetuidad en la mudanza y en la firmeza, no es fruto de una doctrina que quiera interpretar la naturaleza de las cosas. Más acertado es decir que Dios, rico en virtud, ha querido en un género de seres hacer públicos los infinitos matices de su fecundidad, dejándonos ver, como por celosías, en otros las líneas toscas y primeras solamente.

De manera que los organismos actuales, ó son del todo otros que los antiguos, ó son enteramente idénticos; y así no hay entre ellos vínculo de descendencia por vía de transformación. Tanteando Claus el peso de las dificultades del sistema, significa cuánto siente la carga por estas palabras: «Los adversarios habrían tenido más feliz lance si hubiesen opuesto á los secuaces del transformismo las innumerables especies que desde el principio del período glacial han sido exentas de alteración en su ser, no embargante las vicisitudes climatéricas; ó les hubieran hecho ver los rasgos de semejanza que tienen ciertas especies y ciertos géneros actuales con los del terreno terciario, y aun con las formaciones cretáceas.» Y luego, como quien de corrida quiere responder echando polvo á los ojos del adversario, añade: «Sin embargo, el haber conservado muchos animales sus caracteres primitivos... no prueba la imposibilidad de las variaciones en general.» No la prueba, repetimos: ¿quién trata aquí de imposibilidad? Pero prueba que no hubo tal mudanza en hecho de verdad, ni es razón suponerla sin bastante fundamento.

Más abajo siente otra vez el zoólogo darwinista el aguijón de las contrarias razones y la flaqueza de las suyas propias; y puesto en tanta apretura, se encrucelee y vuelve contra sí mismo, dándose maniatado á los adversarios;

¹ *Hist. de la creación*, 1877, ibid.

² *Trilobites*, p. 267.

y así dice: «Una consideración ha hecho M. Nägeli que tiene grande alcance y parece demostrar la insuficiencia de la selección natural como base de explicación, y es tocante á las propiedades innatas de los primeros seres. En las primeras vueltas que dió el tiempo, sólo podía existir escaso número de protofitos y protozoarios unicelulares, formados sencillamente de protoplasma y sarcoda. Siendo tan circunscrito el número, y unas las condiciones exteriores, faltaban causas en la tierra que determinasen la producción de variaciones útiles. Este es uno de los puntos más oscuros y escabrosos de la teoría de la descendencia: no se le puede dar respuesta que satisfaga... Libre campo queda al arbitrio de los juicios y á las aficiones de cada cual: el conceder á la selección natural mayor ó menor influencia, es cosa que depende solamente de la fe.» Todo esto es del transformista Claus, en los preliminares de su Zoología.

Tócanos ahora responder al argumento tomado de la fisiología. Primeramente, el que resulta del embrión es espada de dos filos que persigue de muerte al transformismo. Los animales no preexisten en miniatura dentro del óvulo; van creciendo y mostrando sus formas al paso que el germen desplega su poderío, y de tal manera las muestran, que primero semejan célula informe, después gusano, luego pez, reptil y mamífero; empero estos son rasgos generales y vagos. «Nunca, dice Müller, el embrión humano resplandece realmente con la claridad del gusano ni del pez; pero es verdad que en el desenvolverse aléjase poco de dichos tipos.» Según esto, si el embrión animal bosqueja algún ruego de semejanza, distínguese luego de un tipo cualquiera por otros particulares, como el embrión del ver-

tebrado, que sólo participa del molusco algunas notas confusas: por manera que cada célula embrionaria se desenvuelve y crece siguiendo un maravilloso diseño, que es uno mismo en cada especie.¹

Esta doctrina ya la leemos expuesta por la pluma de santo Tomás. «En la generación del animal y del hombre, dice, concurren muchas formas intermedias... El alma vegetal, que es la primera cuando el embrión vive vida de planta, se corrompe y da lugar á un alma más noble que es la nutritiva y sensitiva juntamente, y entonces el embrión vive vida animal.» Y lo mismo enseña en otros lugares.² Para cuya inteligencia se ha de advertir que Aristóteles fué quien proclamó que el hombre primero vive vida de animal, y después vida de racional.³ Esta manera de decir buscaron traza cómo declararla los Doctores Escolásticos; y así, Alberto Magno⁴, Marsilio⁵ y otros más modernos, como Losada⁶, enseñaron que el vivir el embrión vida de planta, y luego vida de animal, es ni más ni menos ejercitar el alma sensitiva los actos que puede, según la disposición de la materia, vegetando primero, y después sintiendo, sin que sea menester señalar á cada suerte de actos un principio vital distinto.

Pero santo Tomás, y en su seguimiento los Tomistas, extendiendo las palabras de Aristóteles, quisieron sustentar que no es una sola el alma que rige en el embrión las funciones vegetales y sensitivas, ni la misma hace veces primero de principio vegetativo, y después de sensitivo, sino que la sola

¹ JOUSSET: *Évolution et transformisme*, 1889.—
CASSANO: *Errori dell' Evoluzionismo*, 1890.

² *Contra Gent.*, l. II, cap. LXXIX.

³ *De Potentia*, q. III, a. 9; I p., q. CXVIII, a. 2, ad 2.

⁴ *De Gener. animal.*, l. II, cap. III.

⁵ *De Anima*, tract. II.

⁶ *De Gener.*, q. 6.

⁷ *Cursus phil. de Gener.*, cap. II, q. 3; *Animastica*,

cap. III, q. 1.

vegetativa informa totalmente el embrión, y en seguida sucede la sensitiva, siendo por ella expelida la primera. «El orden naturales, dice, que las cosas se reduzcan por grados de la potencia al acto. Por esto en los seres que se engendran hallamos que primero son imperfectos, y después van adelantando en perfección. Y es cosa manifiesta que lo común se ha con lo propio y determinado, como lo imperfecto con lo perfecto: por esta causa, en la generación de un animal vemos que antes se engendra una manera de animal en confuso, que un hombre ó caballo singular.» De este principio deduce el Santo que no se introduce en el feto una forma superior, sin que la precedente inferior se corrompa y cese: desvanecida la primera, quédase la segunda dueña de aquella perfección, y acrecentada con mayores aumentos que los que la primera tenía. Por manera que antes que el óvulo llegue al término de animal, va corriendo por sucesivas alteraciones, y ora es planta, ora animal en confuso, y, en fin, logra su forma individual principal, como lo explica el P. Liberatore defendiendo á santo Tomás.¹

En esta suerte de evolución, celebrada por muchos Escolásticos, es fácil reconocer cuán lejos estaba el Doctor Angélico de la hipótesis de los darwinistas. Porque ellos introducen evolución activa y permanente, él pasiva y pasajera; ellos la quieren determinada y particular, él confusa y sin definir; ellos como causa de generación de una nueva especie, él como prerrequisito á la generación de un individuo; ellos, en fin, yendo en el pensamiento de las especies movibles, él asentando el pie en la inmovilidad de la especie. Tan lejos estaba de ser evolucionista el Doctor de las Escue-

las, que de él decía Suárez: «Otros opinan que el embrión humano desde el principio posee alma vegetativa, que á vueltas del tiempo se torna sensitiva, y en fin racional. Esta sentencia con razón es impugnada por santo Tomás, si se entiende que la primera alma, de esencialmente vegetativa que era á manera de planta, se vuelve después sensitiva; porque eso es imposible, á causa de que una forma no puede pasar de una especie en otra.» La doctrina de santo Tomás sobre el número de formas sucesivas no favorece, pues, los intentos de los evolucionistas.

Pero tampoco es verdad que los animales superiores figuren, al desenvolverse, las imágenes propias de las inferiores: por el contrario, las señas particulares que un embrión da de sí son tales, que diferencian su tipo de otro tipo cualquiera. Otra cosa nos certifican los observadores, como lo declara Baer², y es que la semejanza que tiene un embrión con otro de distinta especie, es casi nula ya desde los primeros pasos del óvulo. Más adelante van los embriólogos eminentes, los cuales enseñan que los óvulos de especies diversas, aun antes de ser fecundados, se visten de cualidades propísimas suyas.³ Si, pues, en las fases sucesivas de la vida fetal se vislumbran apariencias de tipos inferiores, y en los embriones mamíferos se dibujan sombras de órganos que parecen peces, y luego otros borrones que indican miembros de anfibios, finalmente otros barruntos que simulan partes de seres más perfectos, ¿qué prueba tanta variedad de contingencias, que santo Tomás encerró en aquella voz altamente significativa *communis*⁴, sino que la materia, para llegar á recibir en sí

¹ *De Anima*, l. II, cap. VIII, a. 4.

² *Estudios*, t. II, p. 476.

³ *Revue scientíf.*, 1864, p. 450.

⁴ I p., q. CXX, a. 2.

¹ I p., q. CXX, a. 2.

² I p., q. CXVIII, a. 2, ad 2.

³ *Metaphys. special.*, p. 2.º, cap. III, art. IV.

la forma principal y determinativa, ha de correr por muchas disposiciones y subir sin parar de aquellos toscos delineamientos al grado de perfección que cada especie requiere? Por esta razón sin duda, santo Tomás con justo acuerdo dijo: «La materia está en potencia para recibir la forma de elemento; y estando en ella tiene potencia para la forma de compuesto; y en adquiriéndola, está en potencia para el alma vegetal; y ésta la habilita para la sensitiva; y ésta para la intelectual, y así queda demostrado el proceso de la generación; porque primero vive el feto vida de planta, después de animal, en fin, vida de hombre». En estas palabras no profesa el santo Doctor la descendencia de las especies ni transformismo de ningún género; solamente declara que la materia por formas imperfectas asciende á las más perfectas como por grados, significando que en la generación de las cosas ha lugar una cierta evolución pasiva, y una manera de progreso por saltos muy pequeños.

El punto de la dificultad está en demostrar que un individuo transmite á otro por generación las cualidades accidentales que son propias de su particular naturaleza. Todo lo contrario precisamente es lo que de día en día van poniendo los embriólogos más en claro. «No tenemos un solo caso, dice Weissmann, que demuestre transmitirse hereditariamente las cualidades adquiridas.» «Tengo estudiados, añade Pflüger, que de cerca todos los hechos que se citan en pro de la transmisión hereditaria de las cualidades adquiridas, es á saber, no derivadas de la organización primitiva del óvulo y de los espermatozoides; y ni uno tan solo de tales hechos prueba la herencia de las particularidades adventicias.»

¹ *Contra Gentes*, l. III, cap. XXXI.
² *Revue Nouvelle*, Lyon, 1.º Oct., 1866.

Estando muy en los estribos M. Virchow en la asamblea de naturalistas y médicos alemanes, celebrada hace cuatro años en Wiesbaden, á los 22 de Septiembre, les daba en rostro á los transformistas con este argumento. «Esta escuela, decía, daba por cierto que toda especie reproducía, en el decurso de su evolución, todas las fases evolutivas de las especies inferiores... Pero la embriología nos ha enseñado que los seres superiores no repiten los pormenores y señales de la evolución vital de los inferiores.» Y sin dejar portecilla ni trascorral á los adversarios, que pretendían ser las especies interiores imperfectos bosquejos ó esbozos del embrión superior, les mueve guerra declaradamente, diciendo: «Ninguna formación defectuosa hay que pueda hacer un mamífero de un pez ó de un anfibio, por más que uno ú otro órgano, tal ó cual tejido parezca semejar al del pez ó al del anfibio.» Por eso no puede inferirse bien del continuo trueque de estado, aun si eso concediéramos, la teoría de la descendencia. «El que podamos considerar el cuerpo del mamífero como alteración del ave ó viceversa, no es prueba de natural transformación histórica: es solamente reconocer en los seres un grado genérico de consonancia.» Así Baer.

Ni es otra la respuesta á la dificultad de los órganos rudimentarios, que parecen del todo inútiles, ó sólo hechos para traer á la memoria las partes desarrolladas que en otra especie se ven. Tales son las falsas tetillas en los machos, los lóbulos pulmonares en las serpientes, los dientes fetales en las ballenas, las alas menudas en el avestruz y otras aves que no vuelan, las alas membranosas en el dorso de ciertos insectos, el pedúnculo del ojo en crustáceos ciegos, y otras cosas tales

¹ *La Semaine médic.*, 1887, 28 Sept.
² *Estudios*, p. 386.

que parecen á medio hacer, de donde toman argumentos los evolucionistas para predicar las maravillas de su invención. ¿Pero cuántos órganos no posee el hombre, por ejemplo, que se habían estimado ociosos hasta el presente? ¿De cuántos otros no aciertan los fisiólogos á darnos el por qué? El bazo sirve, según unos, para deshacer, según otros, para producir los glóbulos rojos de la sangre: ¿de cuántas partes ignoramos el secreto fin? Porque se nos esconda, ¿ya no le tienen? «Algunos, decía san Agustín, osan censurar en este mundo muchas cosas, porque no ven sus causas; y con todo, puesto caso que muchas de ellas no hacen falta en nuestra casa, sirven para completar la perfección del universo.» Porque veamos en un animal rudimentos de miembros, ó partes inútiles al parecer, no es lícito concluir que son debidos á un antepasado que los gozaba más voluminosos y cabales: engañáanse los transformistas, que sólo tasan la hermosura y armonía de las partes con la utilidad y provecho que ellos estiman.

Además, ¿quién ha llegado á realzar la importancia y necesidad de todos los pormenores que componen la tejedura de un órgano? Que muchas membranas, tenidas antes por excusadas, las hizo necesarias la fisiología, lo certifica el mismo Claus. Y quiséramos saber por dónde prueban los darwinistas que órganos dichos rudimentarios son órganos atrofiados, que faltos de ejercicios no pudieron crecer ni desarrollarse; porquetodavía no han demostrado que el único camino para crecer es el uso y ejercicio. ¿Por qué un órgano que no trabaja, por fuerza se ha de atrofiar? ¿Por qué razón los tales órganos dejaron de trabajar? «Ignoramos el uso de muchos particulares en los animales, y en el

¹ *Duvau*: *Cours de physiologie*, 1883, p. 274.
² *In Genes. contra Manich.*, cap. XVI.

darlos por inútiles echamos en olvido, aun dejada aparte la poquedad de nuestros conocimientos, que la transmisión hereditaria tiene su parte en la selección natural, y hace dificultosa, y aun estorba, la desaparición total de ciertos caracteres.» Esto dice Claus, y se le ve que menciona la selección natural sin qué ni para qué, porque veamos que carecen de explicación los antedichos rudimentos en la teoría transformista.

Otra razón suelen esforzar por parecerles de peso. Vemos animales que tienen querencia y se naturalizan en una tierra, y se malogran y mueren llevados á otra. ¿Cuál es la causa? El parentesco, responden los adversarios; y no reparan que hay animal que en un paraje nació, se crió, se formó, y que, hecho á las circunstancias locales, de ellas casi depende su robustez y bienestar. Si en su origen una especie se aclimató á la tierra que la rodeaba y á las condiciones de sol, aire, calor, luz, ordenadas para proteger su vida, ¿qué mucho que, arrancada de su lugar, perezca sin remedio? Mas expliquen ellos, si pueden, la innata inclinación que tienen los animales á mirar por la conservación de la especie con tanta solícitud como por el propio bien suyo; cómo cada cual busca pareja de su casta; cómo especies nobles carecen de aquel instinto vivísimo que descubre otras que son más vulgares; por qué aun el hombre es menos diestro que la abeja en labrar panales; por qué las especies híbridas no se propagan. Acudirán á la teoría de la adaptación mecánica; mas, ¿qué nos dicen de la perpetuidad de unas especies y de la degeneración de otras? ¿Qué de la permanencia y transmisión de las cualidades excelentes? ¿Qué del asolamiento y pérdida de aquellos sencillos seres,

¹ *Zool.*, chap. V, § 9.

que cuando daban más esperanzas de durar y parecían más á propósito que otros de complicada hechura, fueron arrebatados de la muerte y por siempre consumidos?

Para salir á tantos inconvenientes sacarán á plaza aquel principio interno é indeterminado que en los seres suponen, y que se determina y recibe complemento de las causas externas, de suyo variables y aun contrarias á la producción de nuevas especies. Mas ningún filósofo que haga depender el principio interno de las causas exteriores llegará á entender la perfección, hermosura y ordenada disposición de las especies conocidas. Harerías movilizadas y livianas, y sólo constantes en la inconstancia, ¿no es marchitar su condición, poner dolo en su naturaleza, dar al traste con todo su ser y quitar de en medio toda buena manera de diferenciarlas y tenerlas en algo? Entendiólo así cuando dijo el discreto Barrande: «Las notas discordantes son tales y tantas, que la hechura de la fauna real parece haber sido trazada de intento para deshacer y desvirtuar todas cuantas razones acumulan las teorías evolucionistas sobre las formas de la vida animal en el globo; de arte que las especulaciones paleontológicas quedan confutadas por la realidad de las cosas, ni pueden hacer frente á sus poderosas baterías. Yo digo y porfío que la ciencia debe encerrarse en los estrechos cotos de las cosas observadas y vivir ajena de toda teoría que la arrastre á países imaginarios».

Como esto sea así, infiérese cuán firme razón tiene la fisiología para poner las manos y llevar á cuchillo la hipótesis transformista. «Todas las teorías transformistas, exclama Quatrefages, adolecen de este vicio capital: mientras concuerdan muchos hechos tocantes á la morfología de los

seres, pugnan y riñen con los fenómenos fundamentales de la fisiología general, tan ciertos y comunes como los primeros. Esta contradicción no parece á primer aspecto; y por eso dichas doctrinas han avasallado, no sólo á hombres populares, mas también á floridos y sazoados ingenios, por haber mirado por sola una cara esta complicadísima cuestión.... Yo, sin duda, hubiera caído en el lazo, como tantos otros, á no haber estado sobre aviso desde el principio, y visto claro cómo todas estas controversias están colgadas y pendientes de la fisiología».¹ Á este tenor puede verse con qué valentía y despejo arrolla este sabio las sutilezas contrarias. El respetable ingeniero de minas, D. Silvino Thos y Codina, que tenía bien pesados los argumentos de los transformistas, exclamaba con claras muestras de convicción: «No, no hay tal selección; no hay tales transformaciones; no hay tal gradación insensible en la producción de las especies organizadas».² Neguemos oídos á la futilidad de razones con que los darwinistas pretenden poner á salvo su sistema: podrá verlas bien expuestas y agudamente rebatidas el lector en *La Religión Católica vindicada de las imposturas racionalistas*, por el P. José María Mendive, S. J.³

Mas no podemos dar de mano á esta contienda sin apuntar el juicio que les ha merecido á los mismos materialistas el sistema de Darwin, con ser ajustadísimo á sus dolosos intentos. Á la teoría de la evolución respondió Rodolfo Virchow en 1877, en un discurso sobre *La libertad de la ciencia en el Estado moderno*, probando que la hipótesis haëckeliana carece de fundamento. ¿Qué replicó Haëckel, apremiado por la necesidad y por la fama de su nombre? ¿Qué pruebas dió?

¹ *L'esp. humaine*, t. II, chap. X.

² *El agua en la tierra*, 1878, p. 263.

³ Cap. XIII y XIV.

Léase su obra *Las pruebas del transformismo*, de 1875, y se verá cómo todas se reducen á experiencias habidas por artificio del hombre, no á hechos verificados en las entrañas de las cosas. En cada página repite Haëckel que no tiene por seguras sus razones ni por infalibles sus asertos, sino que necesitan averiguación y hacen alguna probabilidad. La misma campaña emprendió luego Du Bois-Reymond contra la teoría celular de Haëckel, el cual confiesa que el transformismo y el darwinismo fueron mofados y silbados en Berlín con alto menosprecio. «En el día de hoy, añade, los biólogos de Berlín resisten con indómita fiereza al progreso de la ciencia, al transformismo. La actitud hostil que ha tomado siempre la prensa berlinesa respecto de la teoría de la evolución, débese atribuir á la influencia de la autoridad de Virchow.»

ARTÍCULO III.

Los evolucionistas modifican la hipótesis transformista.—Razones que se versan contra ellos.—Del orden de sucesión no se sigue la descendencia.—De la semejanza no se sigue la filiación.—Plan del reino animal.—Los evolucionistas carecen de criterio absoluto.—La metamorfosis de las larvas no prueba en favor de este sistema.—Los evolucionistas pervierten la naturaleza de la especie.

DERO ya que muchos modernos muestren ceño al transformismo crudo y universal, y no le disimulen las muchas tachas que tiene, con todo eso dicen mil bienes de la evolución ceñida en más cortos límites. Estos autores, con achaque de componer la descendencia absoluta con la estabilidad general de las especies, admitida la acción de Dios en el mundo animal, han fingido una suerte de desenvolvimiento de unas pocas especies en otras más en número, en-

señando que los organismos perfectos vinieron á nacer por línea recta de otros menos perfectos y diversos, después de pasar por grados de perfección, sin salir de ciertos y limitados grupos. Tal es el sistema de los evolucionistas. No pretenden, como los transformistas, la transformación radical de todos los vivientes en común; se contentan con la descendencia relativa y finita de ciertas especies superiores, en virtud de la evolución de otras de inferior calidad, como arriba se dijo al tratar de las plantas.

Para proceder con más orden, no hablamos aquí contra aquellos naturalistas que ponen que Dios, autor de todo lo criado, se sirvió de una especie inferior, infundiéndole virtud para producir otra más excelente; porque tal linaje de derivación, ni puede probarse, ni del todo reprobarse. Tampoco vamos contra aquellos que quieren que dentro de los términos de una especie corrieron los individuos por ciertos grados de perfección, y que en ese estado procrearon otros de su misma excelencia; porque esta suerte de evolución no vemos por dónde pueda ser confutada razonablemente. Pero los que pretenden persuadir que unas especies descendieron de otras por vía de generación heterogénea ó de evolución interna, parecemos que defienden una teoría destituida de verdad que la abone y justifique. Éstos, aunque no sean transformistas radicales, cúbrese como ellos con el nombre de darwinistas y caen en parecidos inconvenientes. Y si bien, como acabamos de ver, la geología, la paleontología, la geografía, la morfología, la fisiología, la embriología deponen contra los evolucionistas moderados como contra los transformistas exagerados, otras razones más particulares hay que desbaratan y arruinan su sistema.

¹ *Ibid.*, chap. I, II.

² *Ibid.*, chap. III.

³ *Ibid.*, chap. VII.

⁴ V. cap. XXVI.

Primeramente, la estratigrafía nos informa que en unas capas los fósiles proceden ordenadamente, los perfectos en pos de los imperfectos; en otras, por el contrario, seres imperfectísimos sucedieron á otros de más noble alcurnia en la escala animal; así como en otras, organismos de forma varía dejáronse ver simultánea y súbitamente. En el cámbrico tenemos braquiópodos y gusanos; en el silúrico asisten todas las clases menos las superiores; en el período terciario, la turba de mamulites se agolpa y cunde entre lo más granado del reino animal. Y Belt, uno de los peritos geólogos de Inglaterra, al describir la inesperada venida de los trilobites silúricos, «preséntase de repente, dice, como un ejército invasor, y las pocas especies de olénidos y agnóstidos que vivían antes, son echadas fuera y taladas por la irrupción de los advenedizos». De estos acontecimientos se sigue que no por sucederse unas á otras las especies, puede colegirse la descendencia; y si pudiera tal, en los primeros estratos tendríamos, cierto, en sitio de preferencia, los animales más burdos y elementales.

En segundo lugar, no es posible dudar de que todos los órdenes de vivientes revelan una cierta conformidad. Por poco que se confieran entre sí los animales, adviértese la semejanza, no sólo en la estructura interior y en la forma exterior, mayormente entre especies próximas; mas aun en los actos de la vida orgánica y sensitiva. Pero de la semejanza y conformidad no se deduce la razón de su común descendencia. ¿Acaso no descubrimos entre los minerales una parecida similitud y propiedades comunes? Y porque nuestro entendimiento, abstrayendo las notas comunes y purificándolas, forme una naturaleza típica y universal, que tiene su fundamento en la realidad de

¹ CREDSNER: *Traité de Géol.*, p. 349.

² PFAFF, l. c., p. 682.

las cosas, ¿diremos que ya hay entre ellos parentesco, y que unos pudieran bien descender de otros si tuviesen manera de propagarse? Cuanto más que en los animales no es tan sensible aquella conformidad que baste para juzgarlos oriundos unos de otros. Porque si algunos tienen de común una particularidad, tendrán otras muy diversas semejables á otras especies; de forma que si fingimos que todas las especies componen un cuerpo, sus partes diversas en color, propiedades, organización y fecundidad, ofrecerán una rara composición, que más parecerá monstruo de mil cabezas que ser ordenado y uniforme: luego falsamente se deduce de la tal cual conveniencia típica, ó de un parentesco ideal, la descendencia real y verdadera.

Por donde más puesto en razón será, en la sabiduría del divino Artífice buscar la causa de tanta variedad de seres enmoldados sobre un mismo tipo fundamental. Allí, en su soberana mente, se le representaron las infinitas imágenes que podían servirle de patrones para organizar todas las especies; y como Dios, sin dejar de ser uno simplicísimo, sea tan hermosamente rico en perfección, y tan infinitamente imitable, y como, por otra parte, en toda la variedad de sus obras deba reinar altísima unidad y simplicidad acabada; un tipo general, entre los millones que se pusieron delante de su clarísimo entendimiento, escogió con preferencia, de cuyas principales líneas participasen todos los organismos inferiores y superiores, cada cual en su manera, por grados distintos, formando así todos una bien dispuesta escala, ó una cadena de anillos, siempre más encumbrados y perfectos sucesivamente, hasta arrimarse al hombre, sin alzarle ni confundirse con él. Así debemos pensar que ordenó el eterno Hacedor el plan de la creación

con tan primoroso artificio, que dondequiera que pongamos los ojos veamos sobresalir aquellos grandes rasgos del modelo ideal modificados en cada especie, reducidos ó más adornados, conforme el grado de perfección que en la jerarquía de los seres cada uno, según el diseño divino, había de obtener y representar. Atendiendo á la estructura anatómica, el ala del ave, la aleta del pez, la pierna del cuadrúpedo, el brazo del hombre, no parecen sino un solo miembro, diputado á desempeñar el mismo oficio: y hecha la anatomía del reptil, pez, ave, cuadrúpedo, mono, con sólo alargar ó encoger algunas partes, ¿con qué facilidad no resulta la forma del cuerpo humano? Y los sentidos, entrañas, venas, corazón, nervios, huesos, parecen constar en los más de los animales de unas mismas piezas y de análoga manera dispuestas. Según esto, concluía Buffon: «Parece que el Ser Supremo quiso emplear una sola idea, y variarla de todos los modos posibles, para que el hombre admirase espantado la magnificencia de la ejecución, y juntamente el orden y sencillez del designio.»

Alzando más arriba los ojos, animales simplicísimos inauguran el imperio de la vida; andando los siglos muestran su poderío seres más complicados; propáganse rápidamente crece la hermosura de formas al compás de los tiempos; en medio de la muchedumbre y variedad de especies, los órganos se embellecen, los aparatos se robustecen, la locomoción se desarrolla, la sensibilidad es más exquisita, el instinto más perfecto, la estructura causa más estupor, la animalidad convida con nuevas maravillas, la vida se hace más sazónada e ilustre; en fin, desde el humilde protozoario hasta el soberbio león se abre y desenvuelve todo un drama sublimísimo, que, de escena en escena, de acto en acto, crece, progresa y se en-

cumbra hasta llegar al supremo fin, que es el hombre, admirable compendio de los reinos naturales. ¡Qué espectáculo tan grandioso, si se contempla en su total magnificencia! ¡Qué correspondencia tan inefable, si se miran los caminos por donde el próvido Artífice le llevó á perfecta ejecución!

Si, pues, Dios trazó modelar todos los animales por un dechado común, ninguna forma de parentesco hace al caso fingir para entender tan hermosa unidad y tan incomparable variedad. Y si entre dos especies inmediatas la uniformidad de algunas propiedades es tan evidente, según poco ha decíamos, cuanto lo es la diversidad que en algunas otras se descubre; ¿por qué de la conveniencia de las unas quieren los evolucionistas inferir la comunidad de origen, y no sacan más bien de la diferencia de las otras el ningún parentesco? Por eso el docto Wigand expresó el plan de los reinos naturales con esta comparación: «La organización del sistema natural, dice, de ninguna manera puede explicarse por la imagen de un árbol, sino por la figura de una red con sus infinitas mallas; y aun el concepto de anillos eslabonados y haciendo cadena es más conforme que la del árbol.» En otra parte, dice: «La máxima comúnmente recibida: la igualdad de origen es causa de semejanza, se convierte erradamente en la recíproca, la semejanza arguye igualdad de origen.» Y dando la razón del yerro, dice Baer de esta manera: «¿Deberemos admitir que los rapaces descendien de los herbívoros? Fácil cosa es asegurar que se hizo el tránsito por medio de los omnívoros; mas ¿cuántos otros arbitrios no pueden imaginarse, ora atendamos á la forma de los dientes, ora á la disposición del pie, ó á las uñas, ó en fin, á la

¹ Sobre el darwinismo.

² *Genealogía de las células*, p. 47.

manera y condición del estómago? »

D. Laureano Pérez Arcas, reparando en la teoría moderna del origen de las especies, expone su dictamen de esta forma: «Considerados en conjunto los animales relativamente á su organización, nada más sencillo que colocarlos en línea recta, de manera que en un extremo se encuentren los de organización más sencilla, á éstos sigan los que la tienen menos, y así hasta llegar al hombre..., esto es lo que se llamado escala animal. Pero descendiendo á la colocación material de una especie después de otra, se ve que no es posible ejecutarlo; pues unas son más complicadas en unos aparatos, y otras en otros. Hay especie que tiene grande afinidad con tres, cuatro ó más, sucediendo lo mismo con los grupos naturales; de modo que si se quiere representar las afinidades de unos animales con otros por su posición relativa, no se les dispondrá en línea recta, ni tampoco en varias paralelas como han propuesto algunos, ni en círculos según han manifestado otros, sino, como indicó el inmortal Linneo: *Sicut provincia in charta geographica* ». Pero más ajustado á razón parece el sentimiento del esclerico P. Bellynck. «Una serie lineal, dice hablando de las plantas, no existe en la naturaleza; cada tipo es un centro que irradia á otros tipos vecinos. Una clasificación natural no puede ofrecer la imagen de escala ó línea, ni tampoco de red ó superficie, sino una junta de esferas que se tocan en varios puntos ».

De aquí es que no parecen estar en lo cierto aquellos naturalistas, que por ver series de formas parecidas, desde las más humildes hasta las más enriquecidas, concluyen luego que cada serie es una parentela y compone ver-

dadera familia. Ni va contra lo dicho el que muchos paleontólogos hagan descender del paleoterio el anquiterio, de éste el hipáron, de éste el caballo; y así de otras especies: porque dado que en algún caso la semejanza sea indicio de descendencia, los grupos que así convienen son, más bien que especies, razas y variedades de una especie primitiva, la cual, dando de sí dentro de sus límites específicos, engendró diferencias de gradual perfección en la muchedumbre de su prosapia. «La causa fundamental de estas dificultades, dice Quatrefages, es evidentemente la poca claridad que se tiene en el definir el vocablo *especie*. En ninguno de esos escritos he advertido puntualidad acerca de esto, y es esta la censura más benigna que podemos hacer de un autor que declara haber dado con el secreto del origen de las especies ».

En tercer lugar, los paleontólogos en sus museos hacen ostentación de fósiles antiquísimos, cuyas formas se enlazan, al parecer, con las especies actuales. Entre el urohipo del tiempo eoceno y el caballo del nuestro podrían intercalarse el miohipo, el anquiterio, el pliohipo, el hipáron, que componen cinco géneros y treinta especies; así lo decreta Claus ¹, trayendo á colación muchas afinidades tomadas de la figura exterior. Mas, ¿dónde están las listas de géneros parecidos? Porque el mismo zoólogo se desvive buscando géneros de bueyes para entroncarlos hasta que vengan á procrear nuestros actuales toros, y no llega á dar con ellos. ¿Cómo, pues, siendo tan vacías las series que la paleontología nos muestra, será posible pregonar la progresiva perfección de los grupos, faltándonos, como nos falta, según propia confesión de Claus ², el criterio

¹ Estudios pertenecientes á la Hist. nat., t. II, p. 419.

² Elementos de Zoología, p. 1, lección XXIV.

³ Botanique, p. 325.

¹ *L'esp. bum.*, chap. X.

² *Zool. génér.*, chap. V.

³ *Ibid.*, § 21.

absoluto para juzgar los grados de perfección? Lo más que podría inferirse de las dichas afinidades es la pautas que ha seguido una especie en el perfeccionarse sin salirse de sus aleaciones. Su peso tiene en esta materia el nombre de Contejean, por sus estudios zoológicos. Dice así: «De buen grado compararía yo las especies á los soldados de una refriega que reciben nuevos esfuerzos: las filas se aprietan, mas los hombres se distinguen con igual facilidad unos de otros. Entre las especies tendrían que descubrirse medios términos; podemos asegurar osadamente que no los hay. Á no suponer que las especies salten bruscamente sin parar, y eso es contra la doctrina evolucionista, hemos de admitir que las muchas etapas que denotan las transformaciones deberían ser representadas cada una por su forma particular en estado fósil; formas, que serían sin cuento y mayores en número que las especies conocidas. Fuera de que, no puedo menos de insistir en ello, los tipos específicos, anegados y confundidos en esa multitud de intermedios, no podrían distinguirse unos de otros, ó, en otras palabras, no existirían. Pues precisamente todo lo contrario es lo que acontece ».

En cuarto lugar, parece á los evolucionistas que la metamorfosis de los insectos comprueba el trueque de las especies, ni menos la convencen las horribles fealdades de los monstruos, que aun Baer, con ser enemigo del darwinismo, juzga serían sin duda más frecuentes en los tiempos nebulosos ¹. Mas los monstruos, que son rarísimos y no se propagan ni forman especie, tiénense por trastornos casuales ó alteraciones morfológicas que no merecen explicación. «Podemos admitir, dice Wigand, que las monstruosidades se ocasionan por circunstan-

cias de la vida anormales y fortuitas. Y puesto caso que su producción fuese regular en la naturaleza libre, tendrían poca inclinación á conservarse á causa de la incapacidad de su propagación ».

Por lo que respecta á las larvas, su metamorfosis sólo atañe al artificio externo del organismo, no á su estructura interna y esencial, que en cada especie es determinada y constante; ¿qué tiene que ver, pues, con la alteración de las especies? Fuera de que, si vale el argumento de los adversarios, probaría todo lo opuesto, porque el insecto que nace de la larva ó de la crisálida sería más perfecto que el gusano, siendo todo muy al revés.

De las consideraciones que antecedan podemos bien concluir que los evolucionistas van contra la naturaleza de la especie cuando la privan de su inmutabilidad. El ilustre conchilogo Deshayes, incansable escudriñador de moluscos, lejos de persuadirse que las especies dejaron de ser unas, y que no duraron en su constancia, testifica, por el contrario, que los terrenos primarios, secundarios y terciarios poseen faunas tan varias, que entre el piso inferior del uno y el inferior del otro apenas se advierte fósil que sea común: hasta tal extremo tenía este sabio por averiguada la fijeza y constancia de las especies ². Lo que más es, los mismos que siguen la evolución animal y la propugnan con ardor, no pueden disimular la insuficiencia de las razones en que se apoya. «Si pasamos por el crisol de la censura, dice Claus, los argumentos en que esta teoría descansa, llegaremos presto á convencernos que la ciencia es en el día insuficiente para darnos demostración directa, y lo será siempre quizá, porque se funda en supuestos que la observación no puede verificar.»

¹ *Revue scientifique*, 1881.

² *Estudios*, p. 456.

¹ *El darwinismo*, c. 1, p. 49.

² *Revue scientifique*, 1877, p. 864.

El conde de Saporita, eminente paleontólogo, con ser evolucionista en sumo grado, lisamente declara la flaqueza de pruebas por estas palabras: «La prueba directa y decisiva aún está por hacer; pero sabemos que si ha de darse en los términos que la piden los contrarios, es de todo punto imposible... Ninguna razón puede suplir los vacíos que resultan de la insuficiencia de documentos; con todo, bastantes razones tenemos para avivar la curiosidad, y también para causar convicción». Léase cuidadosamente cómo trata este ilustre ingenio por la evolución la organización de los insectos, y se verá en cuántas dificultades tropieza, y cuán á medias describe el nacimiento de estos animalillos. ¿Qué será, pues, si añadimos que otros naturalistas califican de juego de la fantasía la hipótesis evolucionista? «La doctrina de la descendencia, dice Gustavo Jäger, estriba más en el orden de nuestros pensamientos que en el conocimiento de hechos naturales».

ARTÍCULO IV.

Los ciegos su prevención.—De balde aborrecen el milagro.—Su presunción no les deja ver medio entre el evolucionismo y las creaciones sucesivas.—El evolucionismo se halla falto de razones convincentes.—Qué debe juzgar el católico sobre el darwinismo.

ANTES de dar remate á este punto, pasemos de corrida por el territorio filosófico, y veamos por qué muchos naturalistas, persuadidos y todo de la arenisca base de la evolución, la apadrinan y en su promuevan las armas. El motivo principal que á los más impide, es la repugnancia á tragar las creaciones sucesivas que para el origen de las especies fueran menester. Oigamos á Baer: «El haber de recibir la descendencia de

unas formas en otras, ya que no se demuestre la transformación absoluta general, estriba, en mi opinión, en que un naturalista no debe creer en milagros, conviene á saber, en la ruina de la ley natural. Todo lo que sale de los términos naturales, y el naturalista tiene por oficio escudriñar las leyes de la naturaleza, es para él como si no fuese; y por eso no debe admitir la continua intervención de la Omnipotencia divina en la propagación de las especies. Quien quisiera admitirla, deberá meter en el número de creaciones los aparecimientos de nuevos organismos, siendo cosa clara que los diferentes organismos acaecieron unos en pos de otros á largos trechos de tiempo». Esta es la espina que duele, el milagro: quisieran poder pasar sin la providencia de Dios; llaman milagro su amorosa intervención; y de sólo pensar que los hechos los fuerzan á confesar su infinito poder, se les destina el juicio y aborotan el mundo por ver si despertaran aprensiones contra las maravillas de Dios. Es muy sin duda que el origen de las cosas naturales no debe darse á milagro así como así. El imaginar que la naturaleza no guarda en sus obras las leyes puestas por Dios, y que no hay sino cosa de encantamiento en todo cuanto se esconde en las entrañas de la tierra, «daría mucho que reír á los infieles, que harían cuenta que nosotros, dice santo Tomás, creemos las cosas de la fe por semejantes motivos». Esto mismo no se hartaban de repetir los escritores católicos Pereira, Suárez, Pianciani, protestando que no debemos buscar amparo en el poder absoluto de Dios sin razón suficiente.

En este fundamento, ¿sería cosa de milagro venir al mundo las especies con dependencia del divino poder? No, cierto; porque Dios, autor de la natu-

¹ Estudios, t. II, p. 422.

² I p., q. XLVI, a. 2.

raleza, siempre obra conforme á ella en todo cuanto hace tocante al orden general: y el crear, que es sacar de la nada la substancia de un ser, dista mucho del milagro, como en otra parte se dijo¹, por más que requiera infinito poder. Antes por el contrario, milagro sería, y de primer orden, el que un animalillo vilísimo, no contento con engendrar otros semejantes, saltase la valla de su especie, y, subiéndose á mayores, aspirase á dar de sí más de lo que su semilla consiente. El vencer este imposible por su propia virtud, sería más que milagro. Porque, repetimos con santo Tomás, «reside en cada ser apetito de conservarse; y no se conservaría si se trocase en otra naturaleza. Por eso ninguna cosa que esté en un grado inferior, puede apetecer otro mayor, como el jumento no anhela ser caballo: que si eso lograrse dejaría de ser jumento». Sería, pues, portentoso y monstruoso milagro si los animales que nacen de semilla de su especie viniesen á nacer de otra semilla de inferior calidad.

Por esta causa los Doctores Escolásticos que aplaudían la generación espontánea, expuesta en el capítulo antecedente, dos maneras de producción solían introducir en la escuela; una por vía de generación, y otra por vía de proceción: la primera daba lugar á las relaciones de padres é hijos; la otra á la de pura procedencia. Tenían por máxima que la generación hace de suyo al engendrado imagen y semejante del que le engendra, y porque veían tanta desproporción entre las sabandijuelas y la podredumbre, concluían ser aquella proceción, no verdadera generación. Pero los evolucionistas quieren generación de una especie levantada, y la buscan y creen

¹ Cap. VIII, art. III.

² I p., q. LXIII.

³ § II.

haberla hallado en seres de baja ralea y del todo desproporcionados. Á los ojos salta la repugnancia de conceptos.

Porque para que de una especie vil emanase otra más ilustre, ó han de imaginar que el Soberano Artífice con su infinita potencia así levantó la más abyecta al grado de la más noble, que elevase los huevecillos del ovario del animal basto á más aquilatada virtud con su condición pedía, y entonces, triunfando el brazo de Dios, estamos fuera de la arena de los evolucionistas; ó bien ponen la causa de la alteza de los organismos mayores en la misma virtud seminal de los menores. Y aquí, una de dos: ó dicen que todas las especies ínfimas poseyeron en su ser virtualmente la prerrogativa de dar á luz otras aventajadas; y en este caso, ¿cómo es que la mayor parte de los animales imperfectos quedaron privados de la generosidad de la descendencia, acabando unos el curso de sus días sin dejar sucesión, y viéndose otros confinados dentro de estrechos límites, como por la paleontología consta? Ó prefieren que ese privilegio se concedió á unos pocos de cada especie inferior; y, en tal caso, ya tenemos diferencia específica entre los levantados á progenitores de esclarecidas especies y entre los indignos de tanto lustre y sólo dignos de durar en la bajeza de su condición. Y si en efecto las especies insignes nacieron de otras innobles, que hacían veces de perfectas, cae por el suelo la evolución natural, ya que tan sin razón ni fundamento pretende este inaudito milagro y asienta una cosa que al cabo á ningún buen término sale¹.

El peso de estas razones sintió Claus, y convencido escribió: «Si llegásemos á entablar una manera de evolución natural, en vez del antiguo concepto de las creaciones sucesivas, el primer ad-

¹ P. TILMANN PESCH: *Instit. philos.*, t. III, disp. I, sect. II.

¹ *Le monde des plantes*, 1879, chap. I, p. 23.

² Chap. I, III.

³ *Teoría de Darwin*, p. 4.

venimiento de los organismos inferiores quedaría por explicar, pues que no vale la generación espontánea; quedaría también por descifrar el camino que siguió la organización en el complicarse y perfeccionarse en los grados sucesivos del sistema natural. Multitud de fenómenos asombrosos del mundo orgánico, por no hablar del origen del hombre, son para nosotros enigmas obscurísimos, que aguardan del porvenir su cabal solución.¹ En estos conflictos pone á los llamados sabios su porfía en despedirse de la intervención divina que se les mete por los ojos y les sale al paso dondequiera que dirijan la vista.

No es posible echar por alto aquí la extraña táctica de Contejean en la cuestión que nos ocupa. Por venirle muy á pospelo el milagro, niega rotundamente las creaciones sucesivas, estimándolas milagrosas. «La teoría de las creaciones, dice, está condenada por el discurso de la razón y por la claridad de los hechos». Y con todo eso combate valerosamente la doctrina evolucionista, que parece inventada para negar la acción divina en el mundo sensible. «Más osado que Darwin y su escuela, dice el sabio Hamard, M. Contejean no repara en sustentar que la vida podría bien haber sido fruto de combinaciones químicas. Á su aserto pudiéramos responder con el argumento que él á sus adversarios hace: compuestos orgánicos producen nuestros laboratorios; ¿cuándo, dónde se ha producido la vida?» Disparate mayor no puede haber en hombres del viso de Contejean: asienta y defiende con los partidarios de las creaciones sucesivas el tesón de las especies, y riñe con ellos ó desatina con malísimo intento, forcejeando por deslustrar el dogma de la creación.

¹ Zool., cap. v, § 23.

² Revue scientifique, 1881.

³ La Controverse, 1881, p. 43.

«Si hay verdad, dice, palmaria, y tal como un axioma, es que la materia eterna, inmutable, siempre existió y siempre existirá, que nunca trocó ni jamás trocará sus propiedades y cantidad; en fin, que ella no fué hecha de la nada. De materia preexistente se forjaron las especies vegetales y animales.» Así resulta que puede darse un enemigo del transformismo que sea rematado materialista y descomunal ateo.

¿Á cuántos de los modernos alucina su insana presunción! ¿De qué premisas han ellos colegido que no hay otro remedio que escoger entre la evolución darwinista y las creaciones sucesivas, y que la una teoría es verdadera por ser la otra falsa é insostenible? Causa, cierto, estupor leer en la *Historia de los conflictos* de Draper: «Semejantes consideraciones nos inducen á considerar favorablemente la idea de una transmutación de una forma en otra, más bien que la de creaciones repentinas. La creación implica una aparición brusca, la transformación un cambio gradual... Si examinamos la introducción de cualquier tipo de vida en las series animales, vemos que se halla de acuerdo con la transformación, no con la creación.»

Lo que más debe de asombrar al lector es ver discurrir á este novelero, cual si no hubiera término medio posible entre el darwinismo y la teoría de las creaciones sucesivas; y como si el sacar falsa esta hipótesis fuera salir él triunfante con la suya. Porque, ¿quién nos necesita á poner á Dios ocupado en crear organismos sin descanso? «No es menester presuponer, dice el P. Pesch, que Dios estuvo de continuo empleado en crear organismos, puesto caso que no pueda probarse que no pudo estarlo. Pero po-

¹ Cap. ix, 1876, p. 256.

dían quedar las especies desde el principio determinadas y de tal manera separadas, que cada una, excepto el hombre, empezando por un estado inferior, sin salir de sí, se vistiese de nuevas figuras, se desenvolviese y alcanzase la perfección que ahora tiene... Con presuponer á Dios autor de todas las cosas, y con pensar que dió vida á varias especies, según sus altísimos fines, se satisface plenamente al orden y maravilloso concierto del mundo; ora digamos que sacó de la materia inorgánica especies más y más perfeccionadas; ora afirmemos que en el procrear de las más altas se sirvió de las más ínfimas; ora, en fin, demos que las mayores se acrecentaron por grados viniendo de un estado elemental dentro de la esfera de sus específicas propiedades. Mas ninguna buena razón hay que nos necesite á buscar seguro y amparo en la teoría de la descendencia.¹

¿Y por qué no repetimos aquí lo dicho en el cap. xxiii, art. iii, exponiendo la hipótesis del P. Belynyck, que corría libremente entre los Escolásticos doscientos años ha? Según aquella exposición, resulta que Dios produjo en el principio del mundo muchísimas semillas de animales de especies diferentes, con tal economía dispuestas, que concurren las causas exteriores atemperadas á la índole de cada semilla, ayudando Dios, se desenvolviese ésta y creciese, instituyéndose así una especie animal. Introducida la especie en el teatro de la vida, procreó individuos, acrecentó la descendencia; la prosapia se propagó indefinidamente mientras que no le faltó el favor de las circunstancias externas. Mas alteradas éstas, trocado el ardor en tibieza, mudada la condición del aire, al cargarse el agua de nuevas substancias, penetrando la luz solar,

con el arreciar de los fríos, muchas especies que hasta entonces habían subsistido; víéronse incapaces de triunfar de los contratiempos, y á unas el aire las inficionaba, á otras el sustento las corrompía, á éstas el frío las helaba, á aquéllas la carestía las quebrantaba, aquí las acababa la soledad, allí las consumía la vejez; en una palabra, muchas se precipitaron al no ser, en tanto que nuevos óvalos, con la templanza y rigor que reinaba, se pudieron desenvolver y dar nacimiento á otras y más robustas.

De esta manera durante los tiempos primarios, secundarios y terciarios, salieron al palenque de la vida muchas no vistas especies, cayeron de su estado las inhábiles para sobrelevar aquella sazón, muy al revés de otras de más probada virtud que pasaban á través de los siglos por mil infortunios y corrían victoriosas hasta el fin de las edades. Déjese, pues, de maravillarse el insigne Pfaff, ni le dé demasiada congoja el pensar que entre cada dos terrenos geológicos sería menester intercalar multitud de creaciones de pocas especies; no le cause tanto embarazo esa dificultad. Para salvar la estabilidad de las especies, bastanos suponer que el Señor de todo lo criado fijó su número y condición, y que les dió facultad de desarrollarse cada una según su ser, en el tiempo y con el favor de las circunstancias físicas y climatéricas que su índole pedía, y de propagarse y alargar la vida hasta que la fuerza del tiempo, que todo lo gasta, se la quitase y consumiese. Ello es que sin necesidad de las creaciones sucesivas, y sin la descendencia y parentesco, puede muy bien tantearse alguna manera de razón acerca del origen y variedad de las especies animales.

Según esto, no es plausible el apa-

¹ *Instít. phil.*, l. iii, disp. i, sect. ii, n. 610.

¹ *Hist. de la creación*, p. 625.

rente aplomo del traductor de Draper, D. N. Salmerón, cuando, después de tirar del freno al furioso transformista, coge la pluma y escribe: «Mas quedará siempre en la evolución un fondo de verdad, así por lo que respecta á la aparición sucesiva de las especies, como á la modificación del tipo específico y al desarrollo del individuo». Ni tan llenas de verdad están como eso las siguientes palabras del paleontólogo D. José Lánderer: «Ya no es posible, dice, sin faltar al criterio que sirve de norma en la ciencia, y aun al simple buen sentido, dejar de subscribir á la idea de que un gran número de especies proceden por vía de transformación lenta y gradual de las especies que han precedido. Esta idea se impone imperiosamente al espíritu despreocupado, cuyo fin objetivo es la investigación de la verdad natural. Cuanto más se ensancha el horizonte de los conocimientos geológicos y paleontológicos con el estudio detenido y asiduo de la comparación de las faunas, de la determinación de especies fósiles, de las condiciones biológicas á que están sometidas; en una palabra, cuanto más vigor de razonamiento adquiere la inteligencia, tanto más racional aparece la expresada doctrina.» Justamente granjeada es la reputación que de sabio goza el Sr. Lánderer en el mundo científico, nacional y extranjero; con todo eso sentimos no poder avenirmos aquí con su parecer, porque son muchos y de vigorosa inteligencia los naturalistas que juzgan todo lo contrario de lo que él asienta, ni son de menos agudo ingenio los filósofos y paleontólogos que notan de fantástica la opinión que él encomia como *la última palabra de la ciencia*.

De lo que hemos dicho, por acabar, se coligen las proposiciones siguientes:

¹ Prólogo á los Conflictos, 1876, p. 67.

² Principios de geol. y paleont., p. 1, cap. III.

tes: en la variedad y muchedumbre de animales conocidos se contienen verdaderas especies; es decir, existen compañías de animales de forma y hechura determinada, que así como se asemejan entre sí del todo, se distinguen de otros grupos por notas singulares; conservan y propagan sus tipos especiales por vía de juntarse sus individuos unos con otros en cualquier lugar y tiempo; los mismos individuos de una especie difieren, no en lo substancial de la estructura orgánica, sino en propiedades accidentales, que sólo constituyen razas y variedades pasajeras; las naturalezas de los animales no son tan vagas y efímeras que el tiempo las azozobre, ó el clima las envejezca, ó los golpes de mil vaivenes las vuelvan y transfiguren; cada una tiene sus linderos bien definidos, dentro de los cuales cría razas y variedades, y fuera de ellos nunca salió ni jamás saldrá sin pagar con la esterilidad la transgresión de sus términos; finalmente, las especies, grupos de individuos semejantes y nacidos unos de otros, son reales y positivas en la naturaleza, y poseen cualidades firmes, fijas é imasibles; y, por el contrario, todo empeño de no definir ó definir mal la índole de las especies, desterrándolas del reino, no recibiendo más que variedades, ó á lo más especies fluctuantes y hechizas, deslustra el buen orden, mengua la hermosura de la vida sensitiva, menoscaba la obra de Dios, corrige el plan divino, y hace vacilante y descaecido lo que el Criador quiso exento de variación y mudanza.

Tócanos ahora declarar qué juicio ha de formar el católico acerca del origen de las especies. Ningún fallo dogmático ha proferido la Iglesia de Dios en este particular: deja franco el campo á la interpretación de los comentaristas, y no quiere queden notados de menos católicos los naturalis-

tas que siguen el darwinismo, si admiten y profesan la acción de Dios hacedor y conservador del universo. El católico que filósofo debe, pues, tener por averiguado, que como sea la causa de suyo más realzada que sus efectos, es de todo punto imposible que una rana, por ejemplo, entregada á sus propias fuerzas, de por sí y sin más alto concurso, no tan sólo engendre un individuo superior, un conejo, mas ni aun produzca un ranacuajo. La razón es porque la causa principal ha de contener en sí la razón suficiente de todo cuanto hay en el efecto; y es imposible que un ser limitado y finito contenga en sí la razón de las cualidades genéricas, específicas é individuales que en el efecto parecen: lo cual sin contar con Dios, autor y conservador de las causas segundas, no puede tener lugar. Si un animal engendra su semejante, es con la intervención de Dios; ¿y quieren que sin esa intervención un individuo engendre otro de más encumbrado linaje? No: la metafísica lo repugna de todos modos.

Empero, presupuesta la causa primera, no repugna que las cosas se traselementen y transformen de mil maneras. En la generación los padres son causa instrumental, Dios la primera y principal. No dudamos que pueda Dios influir de forma en las generaciones, que los efectos se vistan de condiciones y semblantes que no tuvieron sus causas. Si ahora los hijos salen á sus padres y son puntuales copias, no hay razón para pensar que no pudieron dejarlos atrás y aventajarlos en perfección en otros tiempos, Dios mediante.

Los antiguos Escolásticos, que enseñaban la materia de *generazione* con pasmosa conformidad, defendían que la chusma de sabandijas podían nacer

de materias corrompidas, calentadas por el sol; porque les parecía que la virtud encerrada en este astro era suficiente á dar alientos de vida: (*Corpus caeleste ex virtute sui motoris, qui est substantia vivens, potest causare vitam.*)

Por esta causa muchos varones doctos, que son católicos y predicadores de la fe, no reparan en abrazar la evolución de las especies en el sentido expuesto, como posible y aceptable. El P. Leroy, de la sagrada religión de santo Domingo, se declara abiertamente por ella; el P. Montsabré, de la misma venerable Orden, la estima por buena; el docto Hamard la juzga inofensiva y sin riesgo para la religión; Duilhé de Saint-Projet la califica de compatible con la fe cristiana; el P. Delsaulx, S. J., da prendas de la afición que le tiene; el erudito Arduin confiesa que en ella no corre peligro la fe; el P. Corlyu, S. J., opina que se concilia perfectamente con la letra del Génesis; el P. Valroger, del Oratorio, se pone por escudo y amparo de su posibilidad; el mismo Vigouroux, que la mira con desamor, no deja de probar que con ella queda á salvo la sagrada Escritura; y conocido es entre nosotros el juicio de los PP. Mendive y Miguel Mir, y del Ilmo. P. Cámara.

En el Congreso Científico Internacional celebrado en París el día 12 de Abril de 1888, entablóse una porfiada contienda acerca de la evolución, promovida por el Dr. Maisonneuve, el cual, alegando razones y autoridades,

¹ 1.º p., q. lxx, a. 3.

² L'évolution des espèces organiques, 1886.

³ Carta al P. Leroy, 7 Junio de 1886.

⁴ Cosmos, n. 172, 192.

⁵ Apologie scientifique de la foi chrétienne, p. 299.

⁶ Les derniers écrits philosoph. de M. Tyndall, 1877.

⁷ Géologie et géologie, 1885.

⁸ Spicilieg. dogmatico-biblicum, 1884, vol. II.

⁹ La Genèse des égyptes, 1873, p. 32.

¹⁰ Les livres saints et la critique rationaliste, t. II.

p. 593.

¹ P. TH. DE RECON, S. J. : *Métophysique des Causes*, 1886, livre VIII, chap. V, 6.

proponía al Congreso que se le concediese á esta hipótesis la honra de teoría científica. El debate fué acalorado. Monseñor Hulst, presidente de la sección, puso muy alta su prudencia, declarando que pedir á la Asamblea el dictamen común era traspasar los términos prefijados, y manifestó que aquella Asamblea distaba mucho de ser Concilio; pero que si únicamente se solicitaba el parecer de los miembros en particular, era notoria la diversidad de opiniones. De modo que este Congreso católico no vió cómo dar salida á las razones en contra, ni tuvo por conveniente formular una sentencia decretoria¹.

De lo dicho se colige que la hipótesis evolucionista es una batería muy inofensiva y de corto alcance para combatir la estabilidad de las sagradas Letras. Poco le importa al católico abrazarla ó desecharla. Por esta parte, ningún conflicto teme la Religión sacrosanta de la propagación de esta doctrina, aun puesto caso que fuese verdadera. Escritores hay que huelgan de encarecer su sublimidad, y aun asientan en sus libros que si hay hipótesis que enalteza y ponga en su punto los atributos de Dios, es la transformación de las especies. En ella ven campear con singular resplandor el poder, la sabiduría, la providencia del divino Artífice. Tal es la importancia que Darwin pretendía para su invento en el remate de su libro. Nosotros no nos atrevemos á tanto². ¡Ojalá los hechos que con nuestros ojos vemos no publicasen la falsedad de tan ponderada hermosura!

Si hubiese razones con que realzar el darwinico pensamiento... No las hay; la naturaleza toda con gritos, que de sus entrañas salen, clama hoy todo lo

contrario. ¿Las habrá mañana para llevar en palmas el triunfo del evolucionismo? Rechazar para en adelante á tierra ojos toda esperanza de victoria, no es razón; aplaudir sin reparo las victorias hasta hoy alcanzadas, no es cordura: las sagradas páginas ni autorizan ni condenan la evolución de las especies. El repetir tantas veces el Génesis «según su especie», no es avisar á los evolucionistas: es sólo indicar Moisés que en Dios está la causa principal del desenvolvimiento de los organismos; y por el mismo caso al poder y á la sabiduría de Dios han de reconocer todos los géneros, todas las especies, todos los individuos por primarios autores de su existencia y condición. Mas en qué grado haya concurrido el divino poder, si directa ó indirectamente, si por creaciones sucesivas, por vía de transformaciones, por única creación de gérmenes, por determinado número de parejas, por elevación de algunas especies, ni lo dijo Moisés, ni lo intentó decir, ni le hacía al caso significarlo. El día, pues, que la evolución sea preconizada verdad científica, no menguará un punto, seguramos estamos, antes resplandecerá con nuevo lustre, la sencillez y fecundidad de la palabra divina.

En resolución, creemos de suma importancia confutar el transformismo radical volviendo con brío por la acción de Dios en el reino organizado. Cuanto á la evolución moderada, dejada aparte la formación del hombre, no parece prudencia calificarla de absurda, ni tampoco pensamos que merezca estimación en el tribunal de la verdadera ciencia. Mientras aguardamos que la Iglesia santa tome la mano y hable por sí, quedemos cerrada la boca, respetando entrambas opiniones como igualmente probables, é igualmente desprovistas de razones demostrativas.



CAPÍTULO XXXVII.

EL INSTINTO DE LOS ANIMALES.

ARTÍCULO I.

Afin de los modernos en estudiar el instinto de los animales. — Propónese la cuestión. — Actos propios del instinto animal. — Habilidades de algunos: nidios, correrías, compañías, obras raras en orden á la conservación de la especie y del individuo.



El estudio de muchos naturalistas está puesto en acechar las industrias y los artificios de los animales, con el intento de examinar sus actos y deducir de ellos la condición de las potencias que los ejercitan. Lo mismo hacen con las plantas para de sus efectos concluir la índole de su vida y facultades. Pero con tal arte discurren, que comenzando por los seres imperfectos, no descubren en los más perfectos sino un progreso de la naturaleza, un grado de desenvolvimiento, una obra más artificiosa y acabada. Por este camino tratan de hacernos subir del mineral á la planta, de la planta al animal, del animal al hombre, pretendiendo de convencernos que el hombre es al animal, lo que el animal es á la planta, lo que la planta al mineral. ¡Desatinado discurso! Porque, como muy bien se lo echa en cara el acreditado Enrique July³, los naturalistas que así proceden presuponen lo que han de demostrar; por que no tratamos aquí de saber si los animales ejercitan estos ó

aquellos actos, sino cuál es la potencia que los determina y causa. ¿Y puede acaso la observación darnos noticia evidente de las potencias que en los animales obran? No por cierto: sólo el estudio psicológico del hombre y el conocimiento de nuestra propia experiencia, nos ayudan á rastrear por los actos las facultades de los brutos; no nos es dado venir en conocimiento cierto de las de una naturaleza inferior si no es comparando sus operaciones con las de una naturaleza superior ya conocida.

Mas con todo, es ya moda en nuestros tiempos hermanar al bruto con el hombre y hacerle partícipero de sus nobles prerrogativas. Hasta ahora los alumnos de Descartes negaban á las bestias aun las sensaciones: acometidos, arrollados, deshechos por briosos adversarios (quien más briosamente refutó sus argumentos fué el P. Gastón Pardies en su *Discurso sobre el conocimiento de las bestias*), entraron en la liza otros no menos terribles enemigos de la verdad, que, llevando camino contrario, concedieron á los brutos razón, conciencia, libertad. Así Hobbes les otorgó discernimiento, Locke, Cudworth y Moore comparación de ideas, Priestley principio espiritual, Dugald Stewart la facultad de recibir educación, Quatrefages religiosidad y reconocimiento, William Lawrence

¹ *Congrés scientifique*, 1889, t. II, p. 609.

² ALB. FAROES: *La vie et l'évolution des espèces*, 1888, p. 205.

³ REUSCH: *La Bible et la nature*, leçon XXXI.

¹ *L'homme et l'animal*, 1877, intro.